MIGUEL RAMOS CARRIÓN

MI CARA MITAD

MORALEJA CÓMICA

en dos actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1908

MI CARA MITAD

MORALEJA CÓMICA

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

Estrenada en el TEATRO LARA el 3 de Noviembre de 1908

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1908

A Agustin Lhardy,

autor de bellísimos cuadros, dedica los dos de esta moraleja su buen amigo

Miguel Ramos Carrión.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
INÉS	Srta. Moreno.
DOÑA ASUNCIÓN	Sra. Rodríguez.
JULIETA	Srta. Pardo.
TELESFORA	Alba.
UNA DONCELLA	La Torre.
RICARDO	Sr. Puga.
DON BENIGNO	Rubio.
PORTUGALETE	Barraycoa.
ATANASIO	Simó-Raso.
UN CRIADO	Enriquez.

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor



ACTO PRIMERO

Gabinete de estilo «Imperio», amueblado con lujo. Dos puertas al foro y entre ellas la chimenea. Otras dos á la izquierda; balcón en segundo término. El primero lo ocupa un mueblecito, «buró-secreter», con cajoncitos y escribanía.

La chimenea está encendida y tiene sus enseres y pantalla baja. A los lados hay dos sillones y dos sillas volantes. Sobre la meseta, que adorna un reloj grande y dos estatuas de bronce, está el retrato de doña Asunción, pintado al óleo, de tamaño natural y de medio cuerpo, vestida con espléndido traje de baile. Este retrato, en lujosísimo marco dorado, ha de tener exacto parecido con la actriz que interprete el personaje, y debe estar preparado para el juego escénico del final del acto, como allí se indica.

Repartidas convenientemente por la escena algunas sillas. Cortinajes apropiados al estilo del mobiliario, y en las paredes cuadros con grabados antiguos. Alfombra rica y tapiz en el centro. En los rincones, pilastras con tibores ó jarrones artísticos.

ESCENA PRIMERA

RICARDO solo, sentado delante del buró y muy caviloso, con una Agenda de bolsillo en la mano

RIC. Una y tres cuatro y cinco nueve y seis quince; llevo una. Una y siete ocho, y seis catorce y cuatro diez y ocho y seis veinticuatro; llevo dos. Dos y nueve, once y seis diez y siete y nueve veintiséis y nueve treinta y cinco y ocho cuarenta y tres; llevo cuatro.

Cuatro y nueve trece y ocho veintiuna y nueve treinta, y nueve treinta y nueve, y ocho cuarenta y siete, sesenta y dos, setenta, cero y llevo siete. (Pausa.) Setenta mil cuatrocientas cuarenta y cinco pesetas... Nada, siempre resulta igual: esto es imposible... Más de doce mil duros... Un exceso de quince mil pesetas sobre los gastos del año anterior... (Se levanta y va á sentarse en la silla volante de la izquierda que está al lado de la butaca.) Hoy todavía puede remediarse, mañana será imposible... Basta de dudas y vacilaciones... Se lo digo á Inés; sí, se lo digo.

ESCENA II

DICHO é INÉS, que ha salido un poco antes por la segunda izquierda y que se acerca de puntillas á Ricardo, sin que éste la vea.

INÉS Me parece muy bien; dímelo.

RIC. ¡Ay, tú! (Ocultando rápidamente la Agenda.)

INÉS Sí, yo. ¿Por qué te asustas?

RIC. Yo... asustarme, no.

INÉS Sí; no disimules; ¿qué tienes? Estabas hablando solo, como un loco. ¿Qué te pasa?

RIC. Pues, bien, sí; voy á decírtelo á confesártelo todo. Estoy obligado á no callar más tiempo.

INÉS ¿Qué sucede? ¡Por Dios! Habla pronto. ¿Ocurre alguna desgracia?

RIC. No; no te asustes, vida mía. Yo te lo ruego. Siéntate aquí, á mi lado y tranquilízate. Ahora que estamos solos, completamente solos, hablaremos con toda libertad, sin que nos moleste nadie. (Va á las puertas y las cierra.)

INÉS Habla ya, que me tienes muy alarmada.

RIC. Cálmate, cálmate. (En voz muy baja. Sentándose al lado de Inés.) ¿Dónde está?

INÉS ¿Quién?

RIC. Tu mamá... ¿Quién ha de ser?

INÉS Como me preguntas así, sin nombrarla... Está en su cuarto, vistiéndose...

RIC. ¡Ah! Si está vistiéndose, tardará en venir. Me tranquilizo.

INÉS Hombre, parece que la tienes miedo...

RIC. Miedo, no; tanto como miedo.. Respeto, respeto nada más; pero no es conveniente que se entere todavía de lo que pasa...

INÉS ¡Ay, dilo pronto!

RIC. Sí; vas á saberlo todo.

INÉS ¡Por fin!

RIC. Ya habrás notado que hace algún tiempo estoy caviloso, preocupado, triste...

INÉS Sí; pero tú me lo negabas; decías que era aprensión mía..

RIC. Pues no lo era. Por desgracia hay una razón para que yo me preocupe, para que no esté alegre como antes... ¡Inés, dame un abrazo!

INÉS ¿Pero qué te sucede? Sácame de esta inquietud. ¿Qué libro es ese que ocultaste cuando yo llegué?

RIC. Este libro (Sacándolo.) es la Agenda en que apunto los gastos de casa... Aquí está la causa de mi constante preocupación.

INÉS ¿Eh?

RIC. Sí. Entérate. Lee esta página, que es el resumen del año.. Mira... (Dándole la Agenda.)

INÉS Me tiembla el pulso de tal manera que no puedo...

RIC. (Cogiéndole con cariño la mano y sujetándola para que no tiemble.) Tranquilízate y lee, lee...

INÉS Casa... diez mil pesetas... ¿Qué es esto!

RIC. Esta casa, ésta en que vivimos. Eso es lo que cuesta de alquiler...

INÉS Pero...

RIC. Continúa.

INÉS Comida... Diez y ocho mil doscientas cincuenta pesetas...

RIC. (Con naturalidad y no en tono de reproche.) Ya es comer, ¿eh? Ocho duros diarios para la plaza y dos más de vinos y postres, extraordinarios...

INÉS Sí, sí. (Leyendo.) Veraneo. Quince mil pesetas.

RIC. Zaldívar para tu madre; Alzola para tu padre, y San Sebastián y Biarritz para refrescarnos todos... que ya estamos frescos.

INÉS Pero...

RIC. Sigue, sigue.

INÉS Turno al Real, Español, Comedia, Lara y demás diversiones.. Seis mil quinientas.

RIC. (Siempre con naturalidad.) Así estamos tan divertidos. Continúa.

INÉS Reuniones...

RIC. Nuestros miércoles... á doscientas pesetas de emparedados, dulces, pastas, licores, cigarros... etcétera, etcétera.

INÉS Treinta y cinco miércoles, siete mil pesetas.

RIC. Poco más ó menos.

INÉS Alquiler de coche, cuatro mil pesetas.

RIC. Para ir en berlina...

INÉS ¡Ricardo...!

RIC. Sigue.

INÉS Modista y perifollos... ¡Hombre!

RIC. Van incluídas en eso las cuentas de cintas, telas, flores...

INÉS Cinco mil... Gastos míos... ¿Tuyos?

RIC. Sí. Vestir, fumar, casino, etcétera.

INÉS Mil quinientas. Pero...

RIC. Sigue, que falta poco.

INÉS Servidumbre, dos mil quinientas. Extraordinarios, mil quinientas... Total: setenta y siete mil novecientas pesetas.

RIC. Eso hemos gastado en un año.

INÉS Es bastante.

RIC. (Levantándose.) Sí, bastante para arruinarnos si seguimos así.

INÉS ¿Qué dices?

RIC. Ya has visto los gastos: los ingresos se reducen, incluyendo la renta del papel, á treinta mil pesetas. Hay, pues, un déficit de cuarenta y siete mil pesetas anuales.

INÉS ¡Qué atrocidad!

RIC. Eso digo yo: ¡qué atrocidad!

INÉS ¡Ay, Ricardo, Ricardo, yo no sabía nada! ¿Por qué no me lo has dicho antes? (Echándose á llorar.)

RIC. Por evitarte este disgusto, sin pensar que al fin y al cabo había de proporcionártelo mayor.

INÉS ¡Ay, Dios mío! (Llorando más fuerte.)

RIC. (Acariciándola.) No llores, no te aflijas: la situación es grave, pero no desesperada, ni mucho menos.

INÉS Eso me lo dices por consolarme...

RIC. No, Inés, no. Debo, sí, bastante dinero; pero no tanto que no pueda pagarse reduciendo los gastos, economizando...

INÉS ¡Ay! Sí, sí. Al momento. Es preciso vivir con lo que resta después de pagar todo lo que debas.

RIC. (Abrazándola.) ¡Bendita seas! ¡No sabes lo feliz que me haces hablándome así, Inés mía!

INÉS ¿Pensabas acaso que no era yo capaz de sufrir privaciones, de sacrificarme por tí?

RIC. ¡Ah! Sí, ya lo veo.

INÉS Ahora comprendo tu preocupación, tu desasosiego, que yo atribuí á indiferencia, á falta de cariño...

RIC. Si te quiero con toda mi alma; y ahora más que nunca.

INÉS Perdóname, Ricardo.

RIC. ¿De qué? La culpa es mía. Gastamos demasiado; mis rentas no dan para tanto; es preciso renunciar á ciertos lujos...

INÉS A todo, á todo. Yo viviré dichosa á tu lado comiendo unas patatas... (Echándose á llorar.)

RIC. ¡Amor mío! (Abrazándola.)

INÉS ¡Sí; unas patatas! (Llorando.)

RIC. (Emocionado también.) No; algo más podremos comer.

INÉS Vaya, no te aflijas tú ahora...

RIC. Es que me has conmovido con ese rasgo de... las... patatas.

INÉS A ver, trae esa Agenda. Estas cosas hay que resolverlas así, de pronto, sin vacilaciones... Siéntate. Vamos á reducir los gastos... Vé escribiendo.

RIC. (Se sienta ante el buró y va escribiendo.) ¡Qué buena eres! Parece mentira que hayas nacido de...

INÉS ¡Ricardo! (Atajándole muy seria.)

RIC. De un ser humano iba á decir, porque eres un ángel.

INÉS Escribe, escribe. Casa... (Después de leer en la Agenda.)

RIC. Casa...

INÉS Aquí dice diez mil pesetas... Pongamos... ¿Cuánto te parece?

RIC. Tú dirás.

INÉS Hay que reducirse mucho, mucho...

RIC. Así te quiero, razonable...

INÉS Pon... nueve mil.

RIC ¡Nueve mil! (Asustado.)

INÉS ¿Menos? Ocho mil quinientas.

RIC. Está bien. (Resignándose y escribiendo.)

INÉS Comida, diez y ocho mil doscientas cincuenta pesetas... rebaja dos mil; quedan en diez y seis mil doscientas cincuenta.

RIC. Ya se pueden comprar algunas patatas.

INÉS Rebaja más si quieres...

RIC. No; lo que tú me digas. Luego veremos el total.

INÉS Veraneo... quince mil... (Se queda mirando á Ricardo como consultándole.)

RIC. Eso es. ¿Qué dices?

INÉS Pasar el verano en Madrid...

RIC. Sí; hace mucho calor...

INÉS Luego los baños de papá...

RIC. Y los de mamá...

INÉS Los pobres los necesitan...

RIC. ¡Claro!

INÉS Pondremos... catorce mil, ¿te parece? (Con mucho mimo.)

RIC. Lo que tú quieras. (Escribe.)

INÉS Nuestros miércoles.

RIC. Suprimidos.

INÉS ¿Cómo?

RIC. Miércoles, cero, cero, cero.

INÉS Pero, hombre, una recepción modestísima...

RIC. Que nos cuesta siete mil pesetas anuales.

INÉS Rebajaremos.

RIC. No transijo. (Levantándose.)

INÉS ¿Y qué va á decir mamá? Ella que goza tanto...

RIC. Sí; sobre todo cuando los periódicos dicen que hizo los honores de la casa con su amabilidad característica... ¡Amabilidad!

INÉS Recibiremos una vez al mes.

RIC. No, Inés, no Basta de reuniones cursis, que ya hay demasiadas en Madrid.

INÉS ¿Cursis? ¿Cursis nuestros miércoles? ¡Eso si que no te consiento decirlo! (Indignada.)

RIC. Pues, sí; cursis, cursis, cursis; como todo aquello que pretende ser más de lo que es. Quédense los saraos para quien pueda darlos sin sacrificio alguno; para aquellos que sin privarse de lo necesario, proporcionan solaz y diversión á sus amigos; para los que están obligados á demostrar su riqueza y su buen gusto; para nosotros no, desengáñate, Inés; nosotros somos de los que deben asistir á las fiestas que den... los que puedan darlas.

INÉS Basta, basta de sermón.

RIC. Reflexiona...

INÉS No hablemos más de ello... (Tirando la Agenda sobre el buró.) Haz las rebajas que tú quieras... suprímelo todo.

RIC. No es eso, mujer; pero ya te he dicho que nuestra situación es difícil, que puede llegar á ser angustiosa.

INÉS ¿Quieres afligirme más? (Llorando) ¿Quieres desesperarme? Viviremos como tú quieras... en una guardilla...

ASUN. (Voz dentro.) ¡Inés!

RIC. ¡Ah! ¡Tu madre! Te dejo. (Recogiendo la Agenda.) ¡Que no te vea llorar! ¡Que no se entere! (Vase por el foro izquierda.)

ESCENA III

INÉS y DOÑA ASUNCIÓN por la primera izquierda

ASUN. ¡Inés! ¡Ah! ¡Estabas aquí! Y yo buscándote por toda la casa... ¡Pero todavía sin vestirte! Anda, mujer, que ya es muy tarde... ¿Qué es eso? ¿Estás llorando?

INÉS No...

ASUN. Sí: ¿qué te pasa?

INÉS Nada... Una cuestión que he tenido con Ricardo... La primera en tres años de matrimonio; pero yo te aseguro que será la última...

ASUN. ¿La última llorando tú? Si le hubieras hecho llorar á él... acaso... ¿Qué ha sido ello?

INÉS No le falta razón .. Yo lo comprendo... Pero me ha dado un disgusto muy grande...

ASUN. ¡Alguna tontería! Vaya, déjate de bobadas y vé á vestirte...

INÉS No, mamá, no; desgraciadamente lo que sucede tiene mucha importancia... Ricardo lo ha ocultado hasta hoy, por no disgustarnos... pero... al fin ha tenido que confesarme su situación... que es comprometida..

ASUN. ¿Pues qué le pasa?

INÉS (Bajando la voz.) Debe mucho, mucho dinero...

ASUN. ¿Ha jugado? ¡El Casinito! Ya me lo estaba yo temiendo. .

INÉS No es eso, no...

ASUN. Entonces, ¿de qué debe? Algún lío...

INÉS No, mamá; según dice, ha tenido pérdidas en sus intereses y además en casa se ha gastado mucho... demasiado...

ASUN. ¿Aquí? ¿En qué?

INÉS En todo. No tienes idea; lo mismo me sucedía á mí; pero he visto las cuentas y me he convencido.

ASUN. ¿Y qué le vamos á hacer? Eso no es cosa de las mujeres; si lo debe, que lo pague...

INÉS Eso quiere; pero es preciso para eso... economizar... reducir los gastos, y al tratar de hacerlo no hemos estado conformes en la supresión de algunos...

ASUN. ¿Cuáles? Sepamos. .

INÉS Entre otros... los miércoles.

ASUN. ¡Suprimir los miércoles! Ese hombre está loco. ¿A quién se le ocurre suprimir los miércoles, dar esa campanada? ¿Qué dirían en todo Madrid? Eso era confesar á gritos que estábamos tronados. Y además; ¿qué economía es esa? Una reunión modestísima...

INÉS Eso le he dicho yo...

ASUN. Que no busque pretextos para justificar, sabe Dios qué gastos que no conocemos... y que procuraré averiguar. Yo hablaré con él y se pondrán las cosas en claro...

INÉS No, por Dios; te suplico que no te des por

enterada del asunto... Me ha encargado la mayor reserva.

ASUN. Bueno; te complaceré... pero tomaré mis medidas. Todo ello serán exageraciones suyas; ni deberá tanto como dice... Los hombres son así: se habrá propuesto tirar de la cuerda para que no se gaste, y te lo pinta todo muy negro... No seas tonta, ni te tomes disgusto por cosas en que al fin y al cabo tú no debes intervenir. ¡Allá él! Su posición le obliga á no vivir como un cualquiera...

INÉS Pero si no puede...

ASUN. Basta de conversación. Vé á vestirte.

INÉS Voy.

ASUN. ¡Ah! ¿Sabes lo que he pensado?

INÉS ¿Qué?

ASUN. Que la falda gris, no debes adornarla con terciopelo, sino con bullones de seda verde lagarto. Muy huecos, ¿comprendes? Así, tres filas... ¡Estará precioso, originalísimo, ideal!

INÉS Como tú quieras... (Vase por la primera izquierda.)

ESCENA IV

DOÑA ASUNCIÓN y DON BENIGNO. Sale por el foro derecha seguido del CRIADO, que se lleva el gabán y el sombrero

BEN. ¡Hola! ¡Vas á salir!

ASUN. Sí; tenemos que ir á casa del modisto; pero antes, necesito que hablemos.

BEN. (Como resignándose) Habla.

ASUN. (Se sientan junto á la chimenea.) Inés y Ricardo han tenido un disgusto muy gordo.

BEN. ¡Un disgusto!

ASUN. Ricardo ha dicho que no es posible seguir viviendo así; quiere hacer grandes economías.

BEN. ¡Esto ya me lo esperaba yo!

ASUN. ¿Por qué?

BEN. Porque gastamos muchísimo dinero.

ASUN. ¿También tú crees eso?

BEN. También.

ASUN. Pues no es solo por lo que se gasta, sino

porque dice que ha tenido importantes pérdidas en sus intereses.

BEN. Si es cierto, comprendo que quiera reducir los gastos.

ASUN. ¿Y en qué ha tenido esas pérdidas? Vamos á ver. Es necesario que lo averigües inmediatamente, que se lo preguntes.

BEN. ¿Yo? ¿Con qué derecho?

ASUN. Con el de padre de su esposa.

BEN. Desengáñate, Asunción; yo no debo meterme en esas cosas. El dinero es suyo...

ASUN. Y de su mujer.

BEN. Hasta cierto punto; porque nuestra hija no aportó al matrimonio absolutamente nada.

ASUN. Porque no lo tenía.

BEN. Por eso, y por eso no debo hacer lo que me aconsejas.

ASUN. Lo haré yo.

BEN. Harás muy mal. Nosotros, por las circunstancias en que estamos, lo único que tenemos que hacer es oir, ver y callar.

ASUN. ¿Yo callar? ¡Eso no!

BEN. Lo creo.

ASUN. Mi deber de madre me obliga á poner en claro lo que sucede.

BEN. Asunción, tú no quieres hacerte cargo de que Julieta, tú y yo, desde que se casó Inés, estamos viviendo de gorra.

ASUN. ¡Qué frase tan decente!

BEN. Podrá ser de dudoso gusto; pero es muy expresiva. Nuestro yerno nos mantiene, nos viste, nos divierte... ¿Qué podemos pedir? Yo ya procuro, por delicadeza, gastar lo menos posible. Sabes que el tabaco habano es mi único vicio, mi deleite... Pues no lo fumo sino cuando á Ricardo se le ocurre darme algún cigarro, y me contento con una cajetilla de cuarenta y cinco... para dos días.

ASUN. Porque eres tonto. Ahí tienes las cajas de puros á tu disposición...

BEN. A mi disposición, no.

ASUN. Siempre te ha perdido la cortedad, la timidez... No te atreves á nada.

BEN. Tú, en cambio, te atreves á todo.

ASUN. Así hay que vivir en el mundo. Pero esto es hablar inútilmente. Repito que estás obligado á averiguar la causa de esa pérdida de intereses. ¡Quién sabe cuál será! El juego acaso... (Se levanta.)

BEN. Ricardo no juega.

ASUN. El sostenimiento de alguna mujer...

BEN. Ricardo está enamoradísimo de nuestra hija.

ASUN. Pues entonces, ¿en qué se ha gastado?...

BEN. En lo que disfrutamos todos: en este lujo y en esos trajes... (Se levanta.)

ASUN. Va á resultar que le hemos arruinado nosotras.

BEN. Por lo menos habréis contribuído á ello. En esta casa se consume mucho dinero, muchísimo, y aunque Ricardo es rico, por sostenerse en cierta esfera, por vanidad, acaso por no disgustaros á tí y á Inés, que sois aficionadas á este boato, el hombre habrá gastado más de lo que puede y ahora se ve apurado. Es muy frecuente olvidar aquel sabio consejo de que no deben estirarse los pies más que hasta donde llega la sábana, y sospecho que nosotros estamos durmiendo, hace tiempo, con las pantorrillas al aire.

ASUN. ¡Hoy estás muy gracioso! (Vase indignadísima por la primera izquierda.)

ESCENA V

DON BENIGNO. Luego RICARDO por el foro izquierda

BEN. (Viéndola marchar) ¡Incorregible! (Al ver salir á Ricardo.) ¡Ah! ¡Ricardo!

RIC. (Sale muy preocupado y se sienta junto al buró. Don Benigno le observa sin acercarse á él.) No puede ser, no puede ser.

BEN. ¡Ricardito!

RIC. ¿Eh? ¡Ah! ¡Es usted!

BEN. Sí, yo, (Acercándose á él.) yo que voy á pedirte un favor muy grande.

RIC. Usted dirá.

BEN. No creas que es dinero.

RIC. ¿Por qué he de creerlo? Usted no lo pide nunca.

BEN. Ni lo pediré; puedes estar tranquilo. El favor se reduce á suplicarte que tengas confianza conmigo, que me hables con franqueza.

RIC. ¿De qué?

BEN. De lo que te preocupa hace algún tiempo.

RIC. ¿A mí? No...

BEN. Sí.

RIC. ¿Por qué supone usted?...

BEN. No lo supongo, estoy seguro. La causa, acaba de decírmela mi mujer.

RIC. ¡Mamá Asunción!

BEN. Mamá Asunción.

RIC. ¿Y qué le ha dicho á usted?

BEN. Que estás algo apurado de intereses...

RIC. Inés se lo ha contado: no ha sabido callar...

BEN. Las mujeres no saben eso.

RIC. Ha hecho muy mal enterando á su madre de lo que yo la he confiado reservadamente.

BEN. ¿Luego es verdad?

RIC. Por desgracia.

BEN. Pues, hijo mío, antes de que el mal sea irremediable, hay que cortarlo de raíz.

RIC. Eso opino yo. He sido débil: he gastado sin tino, por complacer á Inés, por no contrariar á mamá Asunción...

BEN. Lo que yo he supuesto. Pues aunque las disgustes, tienes que tomar una resolución enérgica, y pronta...

RIC. Ya he querido hacerlo; pero Inés, sin oponerse á lo que yo decía, me ha hecho comprender que no está dispuesta á reducir ciertos gastos, los más superfluos y... se ha echado á llorar.

BEN. Mi hija es muy buena, te quiere mucho, y se convencerá pronto. Aquí la dificultad gorda, es mi mujer.

RIC. Pero...

BEN. Sé lo que vas á decir: que está obligada á respetar lo que tú dispongas; pero, créeme, Ricardo, ella no respeta nada. Sin que tú ni

yo podamos evitarlo, te dará el disgusto hache. ¡Me ha dado tantos en este mundo!...

Ric. Bien, pero á mí...

Ben. Te lo dará también: tú no la conoces. (Se sienta junto á Ricardo.) Tiene una tenacidad heróica para lograr lo que se propone. Conmigo se casó, porque yo era rico; ni más ni menos. Debo hablarte con toda franqueza. Su afición al lujo la hizo preferirme á otros pretendientes mejores que yo. Tenía muchos porque era muy guapa... ¡y fina como un junco! ¡Parece mentira! ¿verdad? Pues lo era. Y honradísima; pero de esas que creen que con serlo, con no faltar á su marido... en cierto terreno, pueden faltarle en todos los demás.

Ric. Bien, pero...

Ben. Podría servirte de ejemplo mi lamentable historia, que no te refiero por no ser pesado. Baste decirte, que yo tenía un buen capital, con cuya renta hubiéramos podido vivir muy desahogados, y que el afán de esa mujer por igualarse á los que tenían cien veces más que nosotros, me llevó á la ruina. Quería mucho á Asunción, y no tuve el valor de oponerme á sus caprichos. Para lograrlos, apelaba ella siempre al mismo recurso. ¿Deseaba palco en el Real, y no era posible? Ataque de nervios. La veía morir, me asustaba, y ya tenía el abono. ¿Un traje costosísimo, una joya? Convulsión horrible, manotadas y gritos estridentes... Mi casa olía siempre á antiespasmódica! La vanidad, los perifollos, me costaron toda mi fortuna, y lo que es peor, ponerme en ridículo algunas veces. ¡No olvidaré nunca cuando se le ocurrió, sólo por la maldita vanidad, la idea de que yo fuera diputado!

Ric. ¡Diputado usted!

Ben. Sí hijo, sí. Me buscó el apoyo de un ministro que asistía á nuestras reuniones, y logró que me encasillaran. Empecé á gastar dinero desde el día que presenté mi candidatura; fuí á mi distrito, Villacaliente, un pueblo de la Mancha, donde me recibieron con músicas y

cohetes, y vivas y barbaridades, que me costaron miles de pesetas. Me gasté un dineral y salí derrotado. Aquel fué el principio de mi ruina. Después, en vanidades y tonterías, consumí hasta el último céntimo de mi fortuna. ¡Un desastre!

RIC. ¡Pobre don Benigno! (Se levanta.)

BEN. Sí, soy digno de lástima. Por eso quiero evitar que lo seas tú. ¿Hay que vivir más modestamente? ¿Es preciso reducir los gastos? Pues, pronto, y de una manera radical.

RIC. En esta casa, sólo usted tiene sentido común. (Abrazándole.)

BEN. ¡Es lo único que tengo!

ESCENA VI

DICHOS y JULIETA que sale por la segunda izquierda

JUL. ¡Hola, papá; hola, cuñadito! (Dirigiéndose al balcón.)

RIC. ¡Hola, Julieta! (Vase por el foro derecha.)

JUL. (Después de mirar á la calle.) ¡Todavía no está!

BEN. ¿Qué? ¿Anda por ahí el mequetrefe?

JUL. No sé qué razón tienes para llamarle así, porque es un muchacho muy distinguido y muy simpático.

BEN. Para tí, sobre todo.

JUL. Pues te advierto que va á venir esta tarde á hacernos la visita. Solo espera que yo le haga una seña desde el balcón, para subir cuando no sea inoportuno.

BEN. Eso es muy discreto.

JUL. Como le presentaron el miércoles último, no quiere que llegue otro, sin haber cumplido ese deber de cortesía.

BEN. Sí, parece fino. Lo que hace falta es que tenga dinero, porque si no, tu mamá le pondrá la proa. Ya me ha encargado de averiguar de qué vive, si tiene rentas ó probabilidades de heredar á alguien; en fin, esas cosas que ella procura saber antes que

nada. Excuso decirte que no pienso meterme en semejantes indagaciones.

JUL. Haces bien, papá. ¿Si es bueno y me quiere, qué importa que sea rico ó que no lo sea?

BEN ¡Ah! Tú has salido á mí. (Abrazándola.)

JUL. (Después de mirar por el balcón.) Allí viene ya. ¡Ay! ¿Qué le habrá pasado? Cojea mucho.

BEN. Más vale que sea antes de casarse.

JUL. Tomas á broma las cosas más serias.

BEN. Si no lo hiciera así, me hubiese muerto hace muchos años, hija mía.

JUL. ¡Mamá! ¡Mamá! (Dirigiéndose á la primera izquierda. Vuelve al balcón. Indicando por señas lo que dice.) Espera, espera un poco. (Yendo á la puerta por donde sale doña Asunción.) ¡Mamá! ¡Mamaita!

ESCENA VII

DICHOS y DOÑA ASUNCION, que sale por la primera izquierda

ASUN. ¿Qué quieres?

JUL. Ya está ahí. ¿Le digo que suba?

ASUN. ¿A ver? (Observándola de arriba abajo y haciéndola dar vueltas como á un maniquí) ¡Sí, estás bien! (Julieta va al balcón y hace la seña.)

JUL. Vamos á la sala.

ASUN. No, aquí. La sala ya la vió el miércoles; y además, el recibirle en este gabinete le inspirará cierta confianza...

BEN (Preparativos para la caza.) Yo os dejo: estas visitas me revientan.

ASUN. No te vayas ahora.

BEN. Pero, mujer....

ASUN. Debes estar aquí. Al fin y al cabo la venida de ese muchacho, puede decirse que tiene un carácter semioficial... Ya sabes lo que pretende... Yo procuraré sondearle, y tú observas... más ven cuatro ojos que dos.

BEN. (Me destina al ojeo. ¡Resignémonos!)

ESCENA VIII

DICHOS. Un CRIADO por el foro derecha con una tarjeta en bandeja. Después PORTUGALETE

CRIADO ¿Se puede?

ASUN. Adelante.

CRIADO Este señor... (Dando la tarjeta á doña Asunción.)

ASUN. (Leyendo.) «Casimiro Portugalete.» (Al Criado.) Que pase. (Vase el Criado por el foro derecha.)

PORT. (Sale por el foro derecha haciendo grandes esfuerzos para no cojear, á pesar de lo cual se le nota visiblemente.) Señora... Señor de Rodríguez... Julieta...

JUL. (Rápido y aparte.) (¿Qué tienes?)

PORT. (Idem.) (Botas nuevas.)

JUL. (Tranquilizándose y sonriendo.) (¡Ah!) (Se sientan todos á los lados de la chimenea, después de los cumplimientos de ordenanza en una visita. Mientras dura ésta, Portugalete indica de vez en cuando el dolor que le produce la estrechez del calzado. Está inquieto y sofocadísimo.)

PORT. ¿Inés y el señor de Guzmán?

ASUN. Bien, muchas gracias.

BEN. ¿Y usted?

PORT. Bien, muchas gracias. (Pausa.) Anoche no estuvieron ustedes en el Real...

JUL. Mamá tuvo jaqueca.

BEN. Tuvimos jaqueca.

ASUN. Y lo sentí mucho, porque hacían *Lohengrin*, que me encanta.

PORT. ¿Es usted partidaria de Wagner?

ASUN. ¡Sus óperas son mi delicia! *La sonámbula* sobre todo... aquel *rondó*.

JUL. Estás confundida, mamá: *La sonámbula* es de Bellini...

ASUN. Ya lo sé: pero también me gusta...

PORT. Esta señora ha querido decir que no es exclusivista, sino ecléctica.

ASUN. Justo; muy ecle... eso.

PORT. Ya nos quedan pocas funciones.

ASUN. Desgraciadamente. ¿A qué turno está usted abonado?

PORT. A... ninguno... pero voy con frecuencia.

BEN. (¡La mató!) (Pausa.)

JUL. Ayer le vimos á usted en Recoletos... Usted no nos vió...

PORT. No tuve ese gusto...

JUL. Volvíamos muy deprisa en el coche, porque era ya tarde... Iba usted acompañando á las de Goyeneche.

PORT. No; iría casualmente á su lado... No trato á esa familia. A la madre y á las dos niñas las veo en San Sebastián...

ASUN. (¡Veranea!)

PORT En la misa de doce.

ASUN. ¡Ah! Ya...

JUL. ¡Pues dicen que sus jueves están muy animados..!

PORT. No sé; yo no voy á reuniones... les tengo poca afición. Unicamente me agradan cuando son como los miércoles de ustedes.

ASUN. Gracias.

PORT. El último, que es el único á que he tenido el honor de asistir, estuvo muy animado, muy brillante...

ASUN. Sí; nos favorecen muchos amigos... pero pronto habrá que suspender esas reuniones.

PORT. ¿Pues?...

ASUN. Empieza el calor y ya no tienen atractivo. Además, nosotros, la primavera este año la pasaremos probablemente en el campo...

BEN. (En el Campo del Moro.)

ASUN. Luego nos iremos á tomar las aguas de costumbre; éste su Alzola, yo mi Zaldívar, mis hijos su Cestona y luego á dar una vueltecita por Biarritz y Pau para caer después en San Sebastián.

BEN. Sí, allí caeremos.

ASUN. Y usted, ¿á dónde va?

PORT. No lo sé; dependerá del estado de salud de mi tía..

ASUN. ¡Ah! ¿Tiene usted una tía?

PORT. Sí, señora; mi segunda madre, con la que vivo. Es ya vieja y está muy delicada...

ASUN. ¡Qué lástima! ¿Y cuánto tiene?... (Como rectificando una equivocación.) ¿Qué es lo que tiene?... Es decir, ¿qué padece?

PORT. Ataques de gota.

ASUN. Mala enfermedad; pero, según dicen, sólo es mal de ricos...

PORT. Pues ella, la pobre, es una excepción de la regla, porque no tiene un céntimo.

BEN. (Adiós ilusiones.) (Pausa.)

ESCENA IX

DICHOS é INÉS con sombrero y poniéndose los guantes, por la primera izquierda

INÉS Mamá, cuando quieras... ¡Ah! (Deteniéndose al ver á Portugalete que se levanta y al dirigirse á ella demuestra el daño que le hacen las botas.)

PORT. Señora...

INÉS ¡Ah¡ No sabía...

PORT. ¿Cómo está usted?

INÉS Bien, muchas gracias.

PORT. Por lo que veo, iban ustedes á salir... no quiero entretenerlas y me retiro...

INÉS De ninguna manera. Siéntese usted. No tenemos prisa...

JUL. (Siéntate, hombre.)

PORT. En ese caso... (¡Ay!) (Se sienta dando la derecha á Inés. Pausa.) ¿Iban ustedes de paseo?

INÉS No, á tiendas.

PORT. ¡Ya! Preparativos para el viaje de primavera... Me ha dicho su mamá que van ustedes al campo.

INÉS Sí; yo en el campo disfruto mucho. Por mi gusto pasaría todo el verano en la montaña.

PORT. Sin embargo, las cuestas... hay tan mal piso.

INÉS Me encanta subir por lo más pedregoso, á las cimas á dominar los valles, á respirar aquel aire tan puro...

ASUN. Desengáñate, hija mía; para verano nada hay mejor que la vida de playa.

PORT. Sí, allí se está muy cómodo, con unos zapa-

tos de lona... (Pausa corta, después de la cual se levanta.) No quiero entretenerles más... Con su permiso... Señora... Inés... dé usted mis recuerdos al señor de Guzmán.

INÉS Gracias.

PORT. Julieta...

JUL. (Espéranos en la calle y nos acompañas.)

PORT. (¡Imposible!)... ¡No puedo dar un paso! Señor de Rodríguez...

BEN. Adiós.

PORT. No se moleste usted...

BEN. No es molestia...

PORT. (Desde la puerta.) Señoras... (Al volverse tropieza con don Benigno.) Pase usted. (Don Benigno al invitarle á pasar delante, le pisa.) ¡Ay!

ASUN.
INÉS
JUL. } ¿Eh?

BEN. ¿Le he pisado? Usted dispense...

PORT. No ha sido nada... (¡La vía láctea!) (Vase seguido de don Benigno por el foro derecha.)

ESCENA X

DICHOS menos DON BENIGNO y PORTUGALETE

JUL. ¿Eh? ¿Qué te ha parecido, mamá? ¿Verdad que es muy simpático, Inés?

INÉS Sí...

ASUN. No me parece mal; pero antes de que se formalicen vuestras relaciones, es necesario, ya se lo he dicho á tu padre, conocer su posición, sus medios de vida...

JUL. Está empleado en una empresa particular...

ASUN. ¡Figúrate! Por mucho sueldo que tenga... Tú debes aspirar á otra cosa.

JUL. ¿Yo? ¿Por qué?

ASUN. Porque quiero yo que aspires.

JUL. Bueno; aspiraré.

ASUN. Vamos á ponernos los sombreros.

JUL. Vamos. (Vanse doña Asunción y Julieta por la primera izquierda.)

ESCENA XI

INÉS. Luego, DON BENIGNO y el CRIADO por el foro derecha

INÉS ¿Habrá salido Ricardo? Desde que me ha dicho eso, me tiene tan inquieta...

BEN. (Riendo.) ¡Pobre muchacho! Por el ventanillo he visto que se sentaba en la escalera para quitarse una bota... Lo malo será que no pueda ponérsela y os lo encontrais allí cuando salgais... ó tenga que bajar á la pata coja.

CRIADO ¿Se puede? (Saliendo con una factura en una bandeja.)

INÉS Adelante.

CRIADO Cuando estaban ustedes con la visita, trajeron esta cuenta, y han quedado en volver.

INÉS Está bien... Avise usted cuando vuelvan. (Vase el Criado por el foro derecha.)

BEN. ¿Qué es?

INÉS (Mirándola.) De la modista de sombreros. Désela usted á Ricardo.

BEN. ¿Yo? ¡Bueno está el hombre para que se le vaya con cuentecitas!...

INÉS Pues no sé quién tendrá que pagarla.

BEN. Ahí le tienes; dásela tú. (Al ver que sale Ricardo por el foro derecha.)

ESCENA XII

DICHOS y RICARDO

INÉS ¡Ya lo creo!... Toma, esta cuenta que acaban de traer. Vendrán después á cobrarla... Tiene el recibí puesto.

RIC. (Leyéndola.) «Mad. Marie Blanchart, chapeliere: París. Faubourg Montmartre: Madrid, Peligros, treinta. Un sombrero Princesa de Lamballe, Amazona blanca, alta novedad, modelo, doscientas cincuenta pesetas. (Mira á Inés, como consultándola si está bien la cantidad, y ella aprueba con un movimiento de cabeza.) Otro

ídem con paloma torcaz, modelo, ciento cincuenta. (El mismo juego.) Otro ídem con helechos y periquito verde, ciento veinticinco.»

BEN. (En voz muy baja á Ricardo.) (Ese es de mi señora, que está fusilable con él.)

RIC. «Otro ídem, flores azules y jilguero volando, ciento. Otro ídem yedra, y nido con golondrinas, ciento. Otro ídem, frutas y un mirlo, setenta y cinco.»

BEN. (¡Golondrinas! ¡Mirlos! ¡Así tienen la cabeza á pájaros!)

RIC. Total: Ochocientas pesetas. ¿Ochocientas, oyes? (A Inés.)

INÉS ¡Puede que te parezca mucho!

RIC. ¡Muchísimo.

INÉS ¡Seis sombreros! Dos para cada una. Son los que hemos llevado todo el invierno... La modista no ha enviado la cuenta hasta ahora...

RIC. ¡Claro! Hasta que se acerca el día de encargar otros seis para la primavera, y otros seis ú ocho para el verano...

INÉS ¡No vamos á ir con la cabeza al aire!...

RIC. (Con amargura.) Falta os hacía, para refrescaros un poco y recobrar el juicio.

INÉS ¿Qué dices?

RIC. Esto es insostenible, Inés. Ya te lo confesé con toda franqueza. Yo no puedo soportar estos gastos sin arruinarme.

INÉS ¿Y qué quieres que yo haga?

RIC. Renunciar tú y todos á lo que yo no puedo sostener.

BEN. Sí, hija mía, sí; no es posible...

INÉS ¡Tú también, papá! (Con indignación.)

BEN. Yo también.

ESCENA XIII

DICHOS y DOÑA ASUNCIÓN y JULIETA por la primera izquierda, con sombrero

JUL. Ea, ya estamos listas.

ASUN. Anda, que es muy tarde.

INÉS Yo no salgo.

ASUN. ¿Qué pasa?

INÉS ¿A qué vamos á ir á tiendas si no podemos comprar nada? (Echándose á llorar ruidosamente.)

ASUN. ¿Qué estás diciendo?

RIC. La verdad; que no es posible seguir tirando el dinero como hasta aquí...

ASUN. ¿Eh?

RIC. (Con energía.) Que estoy resuelto á cortar por lo sano. Que en esta casa hay un verdadero derroche.

BEN. (A Ricardo.) (¡Así, así!)

ASUN. ¿Qué dice este hombre?

RIC. Digo... lo que he debido decir hace mucho tiempo; lo que han debido ustedes comprender sin que yo lo dijera.

JUL. (Cariñosa.) Ricardo...

ASUN. Benigno, ¿qué dices á esto?

BEN. ¿Yo? Nada.

ASUN. Pues si mi marido no tiene valor para cantarle á usted las verdades, lo haré yo. Usted, por lo visto, se ha propuesto escatimar en su casa hasta lo más preciso, para gastarlo fuera, ¡sabe Dios con quién!

RIC. Señora ..

INÉS ¡Mamá, por Dios! (Levantándose.)

ASUN. ¡Qué va á ser de tí!

RIC. ¡Señora, no me obligue usted á que haga un desatino!...

JUL. Ricardo...

RIC. ¡No quiero acabar de arruinarme!

ASUN. ¡Grite usted más para que se enteren hasta los criados! ¡Qué vergüenza!

RIC. (A don Benigno.) ¡Dígala usted que se calle!

BEN. Es inútil.

INÉS Vamos, vamos allá dentro.

ASUN. Sí, á meternos en un rincón, que es, por lo visto, lo que desea tu marido.

RIC. Lo que yo deseo es poner coto á este despilfarro.

INÉS (Llorando.) ¡Qué desgraciada soy!

JUL. ¡Ay, Dios mío!

ASUN. ¡No lloréis, hijas mías! Aun vive vuestra madre para obligar á este caballero á cumplir sus deberes.

RIC. ¡Usted tiene la culpa de todo! ¡Usted! ¡Usted, nadie más que usted! (Fuera de sí.)

ASUN. Este hombre ha perdido el juicio. Venid, venid.

JUL. ¡Hoy que estaba yo tan contenta! (Se van doña Asunción, Inés y Julieta por la primera izquierda.)

ESCENA XIV

RICARDO y BENIGNO

BEN. (Asombrado.) ¡Has conseguido asustarla! Lo que yo no he logrado en toda mi vida. Venga esa mano. La energía te salvará. ¡Recuerda mi historia! El ser débil, fué mi perdición. Para salvarte, apela á todos los medios, por fuertes que sean. ¡No olvides mi consejo! (Vase por el foro izquierda.)

ESCENA XV

RICARDO, solo

Tiene razón: es necesario dar el golpe decisivo. (Después de vacilar un instante abre un cajón del buró y saca de él un revólver.) A grandes males, grandes remedios. A mí no me arruinan como á ese desdichado. Por él, solamente por él, siento el susto que voy á darles... (Sacando del revólver las cápsulas que va colocando sobre el buró.) Va á ser tremendo; pero lo merecen... Está visto que la verdad no basta para convencerlas... (Contando las cápsulas que guarda en el bolsillo.) Una, dos, tres, cuatro y cinco. (Examinando el revólver.) Sí; solo queda una cápsula. Disparada ésta ya no hay ningún peligro... (Mira por todas las puertas, las cierra y desde el centro de la escena, dispara hacia el foro, sentándose rápidamente en la silla más próxima y apoyando en la sien derecha el revólver.)

ESCENA ULTIMA

DICHO, DON BENIGNO que sale por el foro izquierda. Por la primera izquierda INÉS, JULIETA y DOÑA ASUNCIÓN. Por el foro derecha, los últimos, el CRIADO y la DONCELLA. Todos apresurados y asustadísimos

BEN. ¡Ricardo! ¿Qué es esto? (Corre hacia él y forcejea para quitarle el arma.) ¡Suelta! ¡Suelta!

RIC. ¡Déjeme usted!

ASUN. ¿Qué pasa?

INÉS ¿Qué sucede?

JUL. ¿Qué es esto?

CRIADO Por aquí ha sonado...

DONC. Ha sido aquí.

BEN. No es nada, nada. Estábamos viendo este revólver y se ha disparado casualmente. Retírense ustedes.

ASUN. (Indignadísima.) Retírense ustedes. (Vanse los criados cuchicheando por el foro derecha.)

INÉS (Abrazándose á él.) ¿Ricardo, qué ibas á hacer?

BEN. Si no llego á tiempo... (Indicando la acción de pegarse un tiro.)

ASUN. ¡Jesús!

RIC. No quería decíroslo: estoy arruinado; ¿para qué quiero vivir?

INÉS ¡Para que yo viva; para mí, que te quiero con toda mi alma! Y ahora más que nunca.

RIC. ¡Cuánto me consuela el oirte! (Abrazándola.)

ASUN. ¡Arruinado! ¿Oyes? (A don Benigno que tiene el revólver.) ¡Ay! ¡No apuntes hacia aquí!

BEN. Si no sé lo que hago...

INÉS Ricardo... Ricardo mío.

RIC. ¡Inés de mi alma!

JUL. ¡Ricardito! (Llorando y abrazándole también.)

ASUN. ¡Mirad! ¡Qué horror! ¡La bala ha agujereado mi retrato! (Se vuelven todos á mirar el retrato. INÉS y JULIETA se separan entonces de RICARDO, que queda junto á DON BENIGNO, para que éste le diga aparte, y señalando al techo con el índice, la última palabra. Las tres mujeres, cuando baja el telón, aterradas todavía, contemplan el retrato.)

BEN. ¡Providencial! ¡Providencial! (TELÓN.)

NOTA IMPORTANTÍSIMA

El agujero del retrato debe estar precisamente en la punta de la nariz. Para que no se vea ni se sospeche que lo hay, hasta el momento oportuno, estará tapado por detrás del lienzo con un parche pintado como la nariz y dispuesto de modo que con facilidad y presteza lo corra el tramoyista al oir el tiro.

ACTO SEGUNDO

Sala en la planta baja de una casa de pueblo modestísima. Los muebles necesarios. Seis sillas de paja y un banco de madera. Al foro, puerta y ventana grandes por las que se ve el campo. Puertas laterales. Algunos detalles que sean propios de la casa de un labrador.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ASUNCIÓN y DON BENIGNO. Ella, barriendo la habitación hacia la calle. El, en mangas de camisa, sentado en una silla, lee un periódico

ASUN. ¡Qué polvo tan insoportable! No basta barrer veinte veces al día. ¡Dichoso pueblo! ¡No lo hay más sucio en toda España! (Mientras don Benigno lee en voz alta, doña Asunción acaba de barrer y deja la escoba en el ángulo de la izquierda.)

BEN. «La semana grande en San Sebastián promete ser más brillante que nunca. Los trenes llegan atestados de viajeros distinguidísimos. En el concierto del Casino se encontraban anoche las familias más aristocráticas; todo el Madrid elegante parecía haberse dado cita en la gran terraza. Allí vimos á las Marquesas de Valleflorido, Villafranca, Romerales, Campo Redondo, Medina de los

Olivares. A las Condesas de Puerto Cerrado, Marinal de la Roca, Vega de Salillas y Mondéjar de las Cabras. Baronesa del Guadalquivir. Duquesa de San Dimas. Señoras y señoritas de Gutiérrez, Oliva, Arizmendi, González de la Bellota, Gómez...»

ASUN. (Levantándose.) ¡Basta! ¡Basta! Parece mentira que tengas valor para leer con calma todo eso. (Quitándole el periódico, que tira al suelo y Don Benigno recoge pacientemente.)

BEN. Pues otros años, bien te gustaba oirlo en el boulevard, cuando yo te lo leía.

ASUN. Porque otros años estábamos entre esas, y nos citaban como á esas, y veraneábamos como esas. Ahora... ¡Ay! (Suspirando ruidosamente.)

BEN. ¿Volvemos á las lamentaciones?

ASUN. ¿Piensas, acaso, que puedo resignarme?

BEN. A la fuerza ahorcan...

ASUN. Pero al ahorcado le queda el derecho del pataleo.

BEN. Bueno; patalea hasta que te canses.

ASUN. ¿A quién se le ocurre la idea de meternos en este pueblucho?

BEN. A tí se te ocurrió.

ASUN. Lo que yo dije es que podíamos venir seis ú ocho días á casa de la nodriza de Julieta, que tantas veces nos había invitado, sin que aceptáramos, para pensar lo que se decidía, para no dar en Madrid un cuarto al pregonero, y no enterar á todo el mundo de nuestra ruina. Pero quedarnos aquí todo el verano...

BEN. Y todo el invierno...

ASUN. ¡No me lo digas!

BEN. Está bien; no te lo diré; pero debes irte acostumbrando á ello. Ricardo, ya lo sabes, se ha reservado, de lo que le queda de capital, únicamente lo preciso para vivir en un pueblo como este: lo demás, como hombre honrado, lo destina á pagar á sus acreedores...

ASUN. ¿Y cuánto tiempo tardará en pagarles?

BEN. Calcula que unos cinco ó seis años.

ASUN. ¡Qué horror, metidos aquí!

BEN. Y muy agradecidos, ¡porque si no!... ¿Qué sería de nosotros?...

ASUN. (Llorando.) ¡Yo prefiero morirme!

BEN. No te mueres, no. A todo se acostumbra uno. Sólo hace tres meses que vivimos aquí, pero cuando llevemos dos ó tres años...

ASUN. ¡Me habré muerto dos ó tres veces!

BEN. Eso no es posible.

ASUN. ¡Te digo que sí!

BEN. Bueno; muérete todas las veces que quieras.

ASUN. ¡Ay, Dios mío!

BEN. Además; quién sabe si Ricardo logrará lo que se propone. El no descansa un momento; estudia sin cesar, y si consigue una de esas plazas que van á salir á oposición, acaso nos lleve con él, ó por lo menos nos dará algo para que podamos comer siquiera...

ASUN. Pero si logra esa plaza, ¿qué sueldo tendrá?

BEN. Tres mil pesetas.

ASUN. ¿Mensuales?

BEN. Al año.

ASUN. Lo que antes gastábamos en un par de vestidos.

BEN. Por eso ahora andamos medio desnudos.

ASUN. Y yo que pensaba este año llamar la atención con mis trajes...

BEN. Si es sólo llamar la atención lo que deseas, lo consigues con pasearte en enaguas por el pueblo...

ASUN. ¡Te complaces en mortificarme!

ESCENA II

DICHOS y TELESFORA con muchos paquetes voluminosos y una cincha colgada del brazo

TEL. ¡A la paz de Dios! (Desde la ventana.)

BEN. Hola, Telesfora.

TEL. ¡Ya me tienen ustés de güelta! (Entrando por la puerta del foro.)

BEN. Güeno, mujer, güeno. (Así, con ge, para que lo entienda.)

TEL. Qué calorcito, ¿eh? Hoy aprieta de firme. Pero aquí no es ná: hay que venir de Madriz pa saber lo que es güeno. (*Deja sobre el banco todos los envoltorios.*)

BEN. Güeno, mujer, güeno. ¿Y qué tal te ha ido por allí?

TEL. Bien; pero yo no sé cómo aguantan aquella calor. ¡Aquel Madriz es un infierno!

ASUN. ¡Y esto la gloria!

TEL. Bien pué usté decirlo.

BEN. Sin embargo, á tí bien te gusta ir á la Corte de cuando en cuando.

TEL. Solamente por ver las tiendas. Eso sí: no hay cosa igual en el mundo. Yo me quedo embobá mirando aquellos escaparates. ¡Qué cosas más preciosas! Si yo tuviera posibles, me traería to lo que veo. Va una con intinción de comprar sólo cualquier cosilla y se deja una allí hasta la faltriquera.

BEN. Es verdad; hay quien se la deja también.

TEL. Miusté, yo iba na más que por una cincha pa la caballería, y un pañuelo de seda que me encargó mi cuñá, como decimos aquí, pues... yo no sé las cosas que traigo. Una gorra pa mi sobrino, unos pantalones pa Tanasio, un refajo pa el ama del señor Cura, un pañuelo de seda pa la sacristana, y qué sé yo cuántas cosas más... Pa mí sólo he comprao unos... Ya verán ustés... No les digo lo que es, pa sorprendeles; pero no quió ponérmelos hasta que me lave bien las orejas...

BEN. (*A doña Asunción.*) ¿Qué será? ¿Tú adivinas?...

ASUN. ¡Déjame en paz!

TEL. Y pa ustés también he comprao algo.

BEN. ¿Para nosotros?

TEL. Sí, señor. Me daba no sé qué verlo á usté durmiendo sobre un colchón en el suelo, mientras la señora estaba tan descansá en la cama grande... Con esa costumbre que tién ustés los de Madriz de dormir separaos marío y mujer...

BEN. Es más cómodo.

TEL. Si tié usté el sueño ligero, hace usté bien;

porque doña Asunción en cuanto se acuesta, da cada ronquío que atrona...

ASUN. (¡Animal!)

TEL. Además, si tié mal dormir, como mi Tanasio, que es de los que se atraviesan y tengo que estar toda la noche dándole patás pa que se despierte...

ASUN. (Ya veo á Atanasio en calzoncillos y atravesao.)

TEL. Y la señora debe ser de las que se atraviesan, porque siempre ha sido muy comodona...

BEN. ¡Ya lo creo que se atraviesa!

TEL. Por eso dije digo: pues voy á llevar un catre de tijera pa don Benino.

BEN. Gracias, Telesfora. (Abrazándola.)

TEL. Y me fuí esta mañana al Rastro y compré uno en mu güen uso...

ASUN. (¡Un catre del Rastro!)

BEN. (¡Dormiré acompañado!)

TEL. ¿Y Tanasio, por dónde anda?

BEN. Se fué á las eras á trillar con las señoritas.

ASUN. Han tenido ese capricho ..

TEL. Hacen bien; eso es lo que nesecitan: respirar aire libre y revolcarse en los praos y andar con la ropa suelta y no metias en los corsés, que de eso están toas las de Madriz de mal color y encanijás...

ASUN. Pues yo... me parece...

TEL. Es verdad: usté tié güenas carnes y güen color: paece usté de pueblo, enteramente. (Dándola un azote muy fuerte.)

ASUN. ¡Ay!

TEL Vaya, diquiá luego. Cuando venga Tanasio díganle ustés que estoy en la cuadra probando la cincha á la caballería y que le tengo que probar á él los pantalones...

BEN. Adiós, Telesfora...

TEL. (Recogiendo los paquetes.) ¡Eche usté encargos! Cuando vuelvo de Madriz, nesecito toó el tren pa mí sola... (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA III

DICHOS menos TELESFORA. Luego INÉS, JULIETA y ATANASIO que salen por el foro

ASUN. ¡Qué castigo de pueblo! ¡Qué gente tan zafia!

BEN. A mí me divierte.

ASUN. A tí te divierte todo lo que á mí me desespera.

BEN. Con lo cual, por lo menos, consigo no desesperarme como tú. Eso voy ganando. Ya están ahí las chicas.

INES (Dentro ríen á carcajadas. Atanasio también. Este viene en mangas de camisa y trayendo al hombro un apero de labranza, que deja en un rincón. Inés y Julieta visten trajes muy sencillos y claros y sombreros de paja adornados con espigas y amapolas.) ¡Ja, ja, ja!

ATAN. ¡Ja, ja, ja!

JUL. Me parece que la cosa no es para que os haga tanta gracia. (Inés y Atanasio siguen riendo.)

BEN. ¿Qué os pasa que venís tan alegres?

ASUN. ¡Alguna barbaridad de ese zángano!...

ATAN. Por esta vez se ha equivocao usté, porque no es cosa mía, sino de la señorita.

INÉS Pocas veces me he reído con tanta gana.

BEN. ¿Qué es ello?

ATAN. Pues na: que la señorita Julieta, como paece que tiene el demonio en el cuerpo, al ver un borriquillo que estaba paciendo junto á las eras, se le ocurrió montarlo. El animal, sale dando saltos; la señorita, asustá, se agarra al piscuezo, nosotros corremos pa sujetarlo y antes de que llegáramos ¡cataplúm! allá va la señorita por las orejas.

ASUN. ¡Qué barbaridad! ¿Te has hecho daño?

JUL. Cai sobre un montón de paja.

ATAN. ¡Pero cómo cayó!... ¡Ja, ja! (Riendo.) Si no cierro los ojos; ¡vaya si la veo las medias calás que lleva!

JUL. ¿Y cómo sabes tú que son caladas?...

ATAN. Porque no tuve tiempo de golver la cabeza... (Julieta é Inés ríen á carcajadas.)

ASUN. Ya sabeis que no me gustan esos juegos estúpidos. No comprendo cómo os divierten esas cosas.

INÉS Pues yo te aseguro que he pasado la tarde muy entretenida.

ATAN. ¡Y poco que han gozao ellas amontás en el trillo!... ¿Verdad, señoritas?

JUL. ¡Sí, que es verdad!

ATAN. ¡En Madriz no saben ustés na de estas cosas! Paece mentira que siendo de la Corte, en su vida hubieran visto trillar...

ASUN. Allí nos lo dan todo trillado...

ATAN. Pues ya verán ustés en cuanto llegue la época de la vendimia... ¡La gran divirsión! Toas las tardes á las viñas á comer uvas hasta hartarse. Aquí dos racimos de albillo; allí tres racimos de moscatel; allá cuatro racimos de garnacha; más allá cinco racimos de verdejas... y después...

ASUN. Un cólico cerrado.

ATAN. ¡Anda cólico! Soy yo capaz de comerme dos arrobas de una sentá.

ASUN. Lo creo.

INÉS Para el domingo tenemos preparada la gran excursión.

BEN. ¿A dónde?

ATAN. A la ermita de San Roque.

BEN. ¿Esa que está pasado el río, en lo alto del cerro?

ATAN. La mesma.

INÉS Dicen que se divisa desde allí un panorama encantador. ¿Verdad, Atanasio?

ATAN. Eso del pamorama yo no lo he visto nunca. Lo que se ve desde allí, es una de viñedos, que da gloria. Leguas y leguas y si no fuera por el Monte de los Cuatro Picos, dicen que se vería hasta Madriz...

JUL. (A doña Asunción) ¿A esa excursión si nos acompañarás?

ASUN. No conteis conmigo para nada.

ATAN. La señora está mu gorda pa subir á esos sitios. Y que allí hay que ir á pata, porque no hay camino pa las caballerías...

JUL. Entonces tú no podrás acompañarnos...

ASUN. ¡Naturalmente!

ATAN. (Riéndose) ¡Ja, ja! (A doña Asunción.) ¿Si creerá usté que no comprendo la intinción conque ha dicho eso la señorita?... Pero por mí pué decir lo que quiera, porque lo dice tóo con gracia... ¡Ja, ja!

JUL. Muchas gracias.

INÉS Eso es por el cariño que la tienes.

ATAN. Eso será. No me olvido yo nunca de que mi mujer la ha criao á sus pechos. Me paece todavía estarla viendo tan chiquitina y tan regordetilla en brazos de Telesfora, que llevaba aquel traje de pasiega, con aquel vestido tan majo y aquellos collares y aquel pañuelo en la caeza con las puntas pa arriba que paecía mesmamente el gorro del señor obispo. ¡Qué diferente está ahora!

JUL. ¿Quién? ¿Telesfora ó yo?

ATAN. Las dos: sino que tú te has hecho una güena moza, y ella ha dejao de serlo...

BEN. ¡Si te oyese!...

ASUN. Pues ya ha vuelto de Madrid; allá dentro la tienes.

BEN. Y dijo que te esperaba en la cuadra; conque puedes ir cuando quieras.

ASUN. Sí, anda, anda; vete á la cuadra.

ATAN. También lo he entendío; pero usté no lo dice con la gracia que la señorita. Aquí semos así; lo decimos tóo muy claro. ¡Ja, ja! (Vase riendo por la segunda derecha.)

ESCENA IV

DICHOS menos ATANASIO

ASUN. ¡Vamos, que no puedo con esta gente!

JUL. Pues no creas que Atanasio es tan bruto como parece, que tiene una gramática parda...

INÉS Y á veces dice cosas que revelan muy buen sentido...

BEN. Ya lo creo... Algunas le he oido yo.

ASUN. Acabareis por encontrar ingeniosos y distinguidísimos á estos mastuerzos.

INÉS Voy á ver á Ricardo. ¿Está en su habitación?

BEN. Sí; pero ha encargado que no entre nadie á distraerle. Allí lo tienes desde que acabó de comer, entre un montón de libros estudia que te estudia.

ASUN. ¡Va á salir hecho un sabio! Si antes, con tanto estudiar, no se vuelve loco.

INÉS ¡Pobrecillo! ¿Y por quién se toma ese trabajo?... Para él, desde que estamos aquí, no existen distracciones.

ASUN. ¡Ni para nosotras tampoco!

INÉS Para tí no, porque no quieres disfrutar de las que ofrece el campo: para nosotras sí. ¡Que te diga Julieta si no se nos ha pasado la tarde en un vuelo.

JUL. ¡Es verdad!

INÉS Estos goces que no conocíamos, producen un sosiego, un bienestar tan grande, que no encuentro con qué compararlo. En medio de las eras, llevada por el trillo que desgranaba las espigas, rodeada de montones de grano, viendo allá á lo lejos aventar el trigo que caía sobre la tierra y volar las pajas ligeras como espuma, me parecía estar embarcada navegando sobre un mar de oro...

JUL. Exacto Un espectáculo precioso, mamá, precioso. Yo algunas veces cerraba los ojos...

ASUN. Para no verlo...

JUL. No, para figurarme lo que dice Inés; que me deslizaba sobre el mar...

ASUN. ¡Ay, qué más quisieras!

INÉS El campo tiene mucha poesía...

ASUN. Era lo único que nos faltaba; que os volvierais románticas y rústicas. ¡Dichoso pueblo!

BEN. (Hay que callarse. Hoy está muy nerviosa.)

TEL. (Dentro.) ¡Ay! ¡Socorro!

ATAN. (Idem.) ¡Bribona!

TEL. ¡Auxilio! (Al mismo tiempo que las voces se oye el ruído de una paliza.)

BEN. (Corriendo hacia la puerta segunda derecha.) ¿Qué pasa?

ASUN. (Idem.) ¿Qué es eso?

ESCENA V

DICHOS: TELESFORA seguida de ATANASIO que viene apaleándola con una vara de fresno. Después RICARDO

TEL. (Saliendo por la segunda derecha.) ¡Que me mata! (Se refugia detrás de doña Asunción. Inés y Julieta, asustadas, se repliegan hacia el foro. Don Benigno detiene á Atanasio)

ATAN. ¡Suélteme usté que voy á deslomarla! (Dando palos en el suelo.)

BEN. ¡Atanasio!

TEL ¡Ay Dios mío de mi alma! (Llorando á gritos.)

RIC. (Saliendo por la segunda izquierda.) ¡Qué gritos son estos! ¿Qué ha ocurrido?

TEL (Yendo hacia Ricardo.) ¡Ay, señorito!

ATAN. ¡Que la voy á matar!

ASUN. ¡No seas bruto!

ATAN. ¡Suélteme usté! (Se desprende de don Benigno y al ir á pegar á Telesfora da un palo muy fuerte en las faldas á doña Asunción, detrás de la cual ha vuelto á refugiarse Telesfora.)

ASUN. ¡Ay!

RIC. ¡Está usted loco! ¡Venga esa vara!

ATAN. (A doña Asunción.) Dispense usté, señora, no he querido pegarla á usté.

ASUN. ¡Ya me lo figuro!

RIC. ¡Deme usted! (Quitándole la vara.)

BEN. ¿Por qué ha sido esto?

TEL. ¡Ay, qué desgraciada soy! (Llorando con el mayor desconsuelo y á gritos.)

JUL. ¿Pero qué has hecho?

TEL Yo, na. (Llorando siempre á gritos.)

ATAN. ¡Conque na! ¿eh?... ¡Derrochona! ¡Mal gastadora! Tú acabarás por arruinarme...

RIC. Sepamos, sepamos lo que ha sucedido.

ATAN. Pues verán ustés...

TEL. ¡Ay, señoritos!... (Llorando.)

JUL. Tranquilízate, mujer. (Acariciándola.)

ATAN. Ya saben ustés que esa perra se fué ayer á Madriz... A ese maldito Madriz que es la

perdición de las mujeres... ¡Por vía de mi suerte! (Amenazando á Telesfora.)

BEN. (Conteniéndole.) ¡Sigue, hombre, sigue!

ATAN. Pues, además del dinero que la habían dao pa varios encargos, la dí yo diez duros... así, por largo, por si nesecitaba gastar algo más... ¡Y saben ustés lo que me ha devuelto!... ¿Lo saben ustés?

BEN. ¡Nosotros, no!

ATAN. ¡Nueve perrillas!

TEL. (Berreando siempre) Yo te daré las cuentas...

ATAN. Yo si que voy á ajustártelas... ¡Deme usté esa vara! (Dirigiéndose hacia ella.)

RIC. (Deteniéndole.) ¡Sosiégate, hombre!

BEN. Habrá tenido que hacer gastos imprevistos...

ATAN. Si lo único... que yo nesecitaba... era una cincha .. pa la caballería. Y se ha traido una gorra pa el sobrino y unos pantalones pa mí... que puedo pasarme sin ellos... Y sobre tóo... y esto es lo que me ha colmao la medida. ¡Unos pendientes pa ella! ¡Aquí están! (Sacando de la faja una cajita con los pendientes.) Con su estruche y tóo. ¡Derrochona! ¡El lujo, el cochino lujo! Gastarse los dineros en esto...

BEN. Pero hombre...

ATAN. Mírenlos ustés. Una piedra verde rodeá de brillantes. ¡Ya te daré yo piedras! ¡Pedrás! (Telesfora chilla como antes.) ¿Y saben ustés lo que se ha gastao en esto?
¡Decisiete reales!

BEN. ¡Qué barbaridad!

ATAN. Eso es lo que yo digo: una barbaridaz. ¡Si merece que la mate!

TEL. ¡Por Dios, Atanasio! (Berreando.)

ATAN. Como yo te dejara, acababas con tóo lo que tengo. ¡Si sales á tu madre, que se gastó en una ocasión seis pesetas en puntilla! Pero lo que es estos pendientes, tú no te los pones en las orejas, porque te las arranco antes. (Nuevos berridos de Telesfora.)

RIC. Basta ya, que la cosa no es para tanto.

TEL. ¡Yo que lo hice pa gustale!... (Desconsoladísima)

ATAN. Te prefiero á pelo, y no con estas alhajas que tú no pues llevar... Y no las pisoteo... por lo que han costao... que si no... (Cierra el estuche y lo guarda en el bolsillo.)

BEN. Vaya, vaya; basta de disgustos y perdónala.

ATAN. ¡Yo perdonarla! .. Tendría que ver.

BEN. (A Atanasio.) ¡Vente conmigo!

JUL. (A Telesfora.) ¡Y tú conmigo!

ASUN. Sí, sí; separadlos ahora, porque ese hombre es muy ganso.

BEN. Ven, hombre, ven. (Obligando á Atanasio á salir por el foro derecha.)

ATAN. Si no están ustés en la casa, la queda recuerdo de este día... (Vase con don Benigno por el foro. Al pasar por la ventana amenaza con el puño á Telesfora.)

JUL. Vamos allá dentro para que te serenes un poco.

TEL. (Llorando.) Pues si llego á decirle que le he comprao á él una cadena para el reló...

ASUN. ¿Pero tiene reloj, Atanasio?

TEL. Pa cuando lo tenga... (Llorando á gritos.)

ASUN. Anda, mujer, anda. (Vanse doña Asunción, Julieta y Telesfora por la segunda izquierda.)

ESCENA VI

INÉS y RICARDO

INÉS ¡Pobre Telesfora!

RIC. ¡No, pobre Atanasio!

INÉS Hombre... que ella haya gastado unas cuantas pesetas demás, no es motivo para que él la pegue una paliza...

RIC. Según y conforme...

INÉS ¿Te parece bien?

RIC. Esta gente sin educación, á falta de otras razones para persuadir, apela á este medio, (Enseñando el palo que aun tiene en la mano.) como el único convincente.

INÉS Un medio bárbaro.

RIC. No, un medio simbólico. Tú no ignoras que

la vara en manos del Alcalde, que es el representante del pueblo, simboliza la justicia...

INÉS Por lo recta...

RIC. Y por lo contundente.

INÉS Bueno; pues deja ese símbolo y hablemos de lo que importa.

RIC. (Después de dejar la vara en el banco.) Hablemos.

INÉS Tengo que reñirte seriamente. (Sentándose.)

RIC. ¿A mí?... ¿por qué?

INÉS Abusas del estudio...

RIC. No tengo más remedio: había perdido la costumbre, y para recobrarla, necesito imponerme ese sacrificio.

INÉS Pero no hasta el punto de que perjudiques á tu salud.

RIC. Me encuentro muy bien... Ya ves, hasta he engordado desde que estoy en este pueblo...

INÉS Sí; pero muchas veces observo que estás agitado, inquieto... Necesitas más descanso. Hoy mismo cuando dormías la siesta en la butaca, tenías unos sacudimientos nerviosos, que nos asustaste á mamá y á mí...

RIC. No te preocupes por eso. Todo es necesario para realizar esos proyectos de los cuales espero mi tranquilidad definitiva.

INÉS Y yo también. ¡Si tú supieras lo que hacía anoche, mientras tú estabas estudiando.

RIC. ¿Qué hacías?

INÉS Cálculos.

RIC. ¿Tú?..

INÉS ¡Yo! Y aquí en este papelito tienes la prueba. (Sacando una cuartilla de papel.)

RIC. Trae... dame.

INÉS Espera. Si en las oposiciones ganas esa plaza...

RIC. Que la ganaré...

INÉS Así me gusta, ver que no pierdes la confianza en tí mismo.

RIC. Eso nunca.

INÉS Pues bien; suponiendo que ya eres un catedrático respetable, que vivimos en una capital de provincia y que yo soy la señora del profesor de... de cualquier cosa... de lo que sea.

RIC. De Lógica.

INÉS Bueno, pues la señora del lógico. Habitamos, como es natural en una casa muy modesta. (Leyendo.) «Alquiler de la casa, veinticinco pesetas mensuales.»

RIC. Poco es; pero, en fin, nos acomodaremos.

INÉS «Comida, cien pesetas.» En provincias los comestibles están muy baratos.

RIC. No dicen eso los que viven en ellas... pero pasemos por las cien pesetas.

INÉS «Una criada, diez pesetas.» De seguro más trabajadora y mejor que las que en Madrid ganan treinta y cuarenta pesetas mensuales. ¡Ya la estoy viendo con su refajo y su moño de picaporte...

RIC. Sigue, sigue...

INÉS Tenemos casa, comida y servicio... Trajes; con los que me quedan, reformándolos, tengo para muchísimo tiempo...

RIC. Ya lo creo.

INÉS Tú, con el traje de levita y un sombrero de copa para ir á la Universidad...

RIC. No necesito más.

INÉS Menudencias y gastos extraordinarios... veinticinco pesetas. Total, ciento sesenta. Hasta doscientas cincuenta, sobran noventa.

RIC. Justas y cabales.

INÉS De modo que en un año ahorramos... ¿á ver si sabes cuánto?

RIC. (Calculando.) Noventa por doce... Mil ochenta.

INÉS Ni más, ni menos; que en diez años hacen...

RIC. ¿Mil ochenta?... Diez mil ochocientas pesetas.

INÉS Eso es: veo que haces las cuentas al céntimo.

RIC. Ahora, sí.

INÉS Pues con diez mil y pico de pesetas, aún suponiendo que nos comamos el pico, nos queda lo bastante para vivir con más desahogo. Para esa fecha, tú habrás ascendido, habrás pagado todas las deudas y entonces... (Muy alegre.)

RIC. Entonces... volveremos á gastar como antes.

INÉS No, Ricardo, no. Ya en mi vida volveré

á derrochar más que cariño, porque eso no se acaba... ¿verdad?

RIC. ¡El mío nunca!

INÉS Ni el mío. Además... hasta ahora, como tú eras rico y éramos solos, tenía disculpa que no pensara más que en el presente; pero aho ra... ¡quién sabe!... Acaso tengamos que pen sar... en el porvenir de... de alguien que no somos nosotros... pero que es como si fuéramos nosotros mismos...

RIC. ¡Inés!

INÉS (Abrazándole.) ¿Inés... ó Ricardo?... ¡Qué feliz soy!

RIC. ¡Inés!...

ESCENA VII

DICHOS. TELESFORA y ATANASIO, por el foro izquierda

ATAN. (Señalando desde la ventanna á Inés y á Ricardo.) ¡Miáles, miáles cómo se abrazan!

RIC. (Volviéndose.) ¡Eh!

INÉS ¡Ah! (Separándose de Ricardo.)

ATAN. (Entrando cogido de la mano con Telesfora.) No la dé á usté vergüenza, señorita, que la Telesfora y yo acabamos de hacer lo mesmo.

TEL. ¡Tanasio!...

ATAN. ¡También tú vas á ponerte colorá!...

RIC. ¿Habéis hecho las paces?

ATAN. Gracias á la señorita Julieta, que tié un corazón más hermoso... Se empeñó en que delante de ella nos abrazásemos y nos diéramos un... un no sé qué de paz... Un beso; pero ella lo llamó de otro modo...

RIC. ¿Un ósculo?

ATAN. No me atrevía yo á dicirlo...

INÉS Me alegro, hombre.

ATAN. Qué iba uno á hacer... lo pasao, pasao... y hasta otra.

INÉS ¿Hasta otra paliza?...

ATAN. Tóo pudiera ser.

RIC. ¡Hombre!

TEL. Si no me duelen, señorito...

ATAN. Entonces, ¿por qué chillas?

RIC. No hay derecho nunca para pegar á una mujer.

ATAN. Mi padre, que esté en gloria, decía, que á la mujer la había hecho Dios de una costilla del hombre, y que éste podía rompérsela, porque era suya.

INÉS ¡Bonito razonamiento!

ATAN. Además; cuando la mujer le saca á uno de sus casillas, no hay más que dos cosas pa castigarla: las tortas ó el disprecio. (A Telesfora.) ¿Tú qué prefieres?

TEL. Pues... las tortas; ya lo sabes. (Con cariño.)

ATAN. Yò no soy rencoroso y se me pasa pronto el berrinche. La prueba aquí está: quería arrancarla las orejas... y ya ven ustés, yo mesmo se las he adornao poniéndola los pendientes con mis propias manos.

TEL. Porque eres muy güeno... Son bonitos, ¿eh? (Acercándose mucho á Inés y Ricardo para que la vean los pendientes. Atanasio les saca brillo con el pañuelo.

INÉS Preciosos.

ATAN. Vaya, vaya; no entretengamos más á los señoritos!... Vamos allá drento... que tiés que probarme los pantalones...

TEL. ¡Tanasio!...

ATAN. ¡Telesfora!... (La da un empellón cariñoso y se van por la segunda derecha.)

ESCENA VIII

INÉS y RICARDO. Después, DON BENIGNO y DOÑA ASUNCIÓN por el foro izquierda

RIC. Ahí tienes el feliz resultado de la energía del marido.

INÉS No; ahí tienes el resultado feliz del cariño de ambos.

BEN. (Saliendo con dos cartas en la mano.) ¡El correo! Cartas para tí y para mí. Toma. (Le da una carta á Ricardo que éste lee para sí y después entrega a Inés, que también la lee.) ¿Quién me escribirá?... Yo conozco esta letra... ¡Ah, sí! (A doña

Asunción que ha salido detrás de él.) De Carvajal. Ya sabía yo que éste no dejaría de contestarme. Siempre ha sido uno de mis buenos amigos.

ASUN. A ver, á ver lo que dice...

BEN. (Leyendo.) «Querido Benigno: Tu carta me ha sorprendido mucho.» ¡Claro, cómo había él de figurarse!..

ASUN. Sigue.

BEN. «Produciéndome una impresión muy dolorosa.» ¡Siempre ha tenido un corazón hermosísimo!...

ASUN. Sigue, hombre, sigue.

BEN. «Al encontrarte en una situación difícil has hecho bien dirigiéndote á mí.» ¿No te lo dije?... Ya sabía yo...

ASUN. ¡Continúa!...

BEN. «No en balde me recuerdas nuestra buena y antigua amistad.» Figúrate tú, desde el Instituto...

ASUN. ¡Déjate de comentarios!

BEN. ¡Si es que esto consuela, mujer! «Me conoces lo bastante para saber que soy de los que están siempre dispuestos para servir á sus amigos.» ¡Siempre ha sido muy bueno! ¡Ya sigo, ya! (A doña Asunción.) «Dices que te darías por satisfecho con cualquier destino por insignificante que fuera.»

ASUN. ¡Hombre!...

BEN. Le puse esto para facilitar...

ASUN. ¡Siempre tan tímido y tan apocado!

BEN. «Con esta pretensión demuestras, una vez más, tu exagerada modestia.»

ASUN. ¡Lo que yo te digo!

BEN. «Tanto por tu ilustración y cultura como por tus excelentes cualidades personales, mereces mucho más de lo que pretendes...»

ASUN. ¡Claro!

BEN. «Pero por desgracia...»

ASUN. ¿Eh?..

BEN. (Volviendo á leer.) Sí; por desgracia, dice. «En la situación actual no tengo influencia ni siquiera para lograr el destino conque te contentarías...» (Con desaliento.) ¡Cataplúm!

ASUN. ¿Y no dice más?....

BEN. Sí. «Que siente mucho... etcétera y que le ponga á tus pies.»

ASUN. A mis pies quisiera yo verle para darle su merecido. (Indicando la acción de un puntapie que alcanza á don Benigno.)

BEN. ¡Ay!

INÉS Y ese era uno de tus mejores amigos...

ASUN. ¡Figúrate como serán los otros!...

BEN. (Rompiendo la carta y tirando al suelo los papeles.) ¡Si éste siempre fué un animalucho! (Rompe la carta, cuyos pedazos conserva en la mano hasta que deba tirarlos al suelo.)

RIC. Pues la carta que yo he recibido es más satisfactoria. Me dicen que las oposiciones serán en Septiembre, que son pocos los aspirantes y que voy con grandes probabilidades de lograr una plaza.

ASUN. ¡Valiente plaza para sacarnos de apuros!

BEN. (A Ricardo.) ¡Incorregible! (Tira los papeles.)

ASUN. (A don Benigno.) Podías haber tirado los papeles á la calle y no ensuciar todo esto.

BEN. Dispensa, mujer, lo hice sin fijarme. (Se inclina para recoger los papeles, cuando vuelve con la escoba doña Asunción, y empieza á barrerlos hacia el foro.)

ESCENA IX

DICHOS y PORTUGALETE que aparece en la puerta del foro cuando doña Asunción llega á ella barriendo. Luego, JULIETA, por la segunda izquierda

PORT. ¿Los señores de...? ¡Ah!... (Viendo á doña Asunción.)

BEN. Señor de Portugalete.

ASUN. ¿Eh? ¡Ah!... ¡Usted!...

PORT. (Tendiendo la mano á doña Asunción.) Señora; no la había conocido. ¿Cómo está usted?

ASUN. (Sin estrechar la mano de Portugalete.) Pues... ya lo ve usted... El médico me ha recomendado ejercicio, mucho ejercicio... (Barriendo el suelo con verdadera saña.)

BEN. ¡Señor de Portugalete!
PORT. ¡Don Benigno!
INÉS ¡Usted por aquí!...
RIC. ¡Qué sorpresa!...
PORT. (Saludando.) ¡Inés!... ¡Ricardo!...
JUL. (Saliendo por la segunda izquierda y quedándose parada al ver á Casimiro.) ¡Ah! Tú.. digo... usted.
PORT. ¡Julieta!...
JUL. (Aparte á Portugalete.) ¿Cómo te has atrevido?...
PORT. (Aparte á Julieta.) (Ahora lo sabrás.)
BEN. ¡Tome usted asiento! (Se sientan todos. Don Benigno en primer término izquierda junto á doña Asunción. En primer término derecha Ricardo al lado de Inés, y en el centro Casimiro y Julieta.)
PORT. (Sentándose.) Gracias. ¡Vengo muy cansado y aquí hace un calor sofocante!...
ASUN. (Atajándole muy rápido.) No lo crea usted. Dormimos con manta. Este pueblo es muy fresco. Por eso ha sido el venir á él.
BEN. Sí; por eso.
ASUN. Aquí hacemos la vida de campo. Con toda libertad...
BEN. Ya vé usted cómo andamos...
INÉS ¿Y por quién ha sabido usted que estábamos aquí?
PORT. (Mirando á Julieta.) Ya... ya pueden ustedes suponerlo...
ASUN. Sí; ya nos lo suponemos. (¡A quién se le ocurre decírselo!) (Aparte á Julieta y pellizcándola en un brazo disimuladamente.)
JUL. (¡Ay!)
PORT. Yo ruego á ustedes, ante todo, que me dispensen por presentarme así. Me han dicho que en el pueblo no había fonda... ni posada... ni un sitio siquiera para limpiarme el polvo del camino... Y ya ven ustedes cómo vengo... ¡Esos automóviles!...
ASUN. (Con gran satisfacción.) ¡Ah! ¿Ha venido usted en automóvil?
PORT. No, señora; me ha puesto así uno que ha pasado por la carretera... Yo he venido en la tartana de la estación; que por cierto tiene un traqueteo...
RIC. ¡Ya, ya!... (Pausa larga.)

PORT. ¡Pues aquí me tienen ustedes!

BEN. ¡Ya, ya! (Pausa larga.)

INÉS ¿Y qué objeto le trae á usted por aquí? Porque me figuro que no habrá venido solo por hacernos esta visita.

PORT. No, señora, no; vengo á... un asunto muy importante y del que depende la felicidad de toda mi vida. (Mirando á Julieta.)

BEN. ¿Nada menos?

JUL. (¡Ay, qué colorada debo estar!)

PORT. Y celebro mucho encontrarles á todos juntos, así, en familia, para hablarles con el corazón en la mano. (Pausa larga.)

ASUN. Hable usted.

PORT. (Muy vacilante y trémulo.) Pues... ustedes no ignoran que Julieta y yo estamos en relaciones hace bastante tiempo... Yo, dada la brillante posición de ustedes, no me atrevía á pretender su mano. Hubiera parecido interesada mi petición; yo no contaba más que con un sueldo de dos mil pesetas. Y ustedes ya saben lo que son dos mil pesetas...

BEN. Ocho mil reales justos.

PORT. No, señor, con descuento. La posición que podía ofrecer á Julieta, era tan inferior á la que ella ocupaba... que no me atrevía...

ASUN. (Dándose mucho tono) Es natural...

PORT. Pero cuando salieron ustedes de Madrid y me enteré de que estaban ustedes... trona... tron... tren... (Haciéndose un verdadero lío y sin saber por donde salir.)

BEN. Tronados. Puede usted decirlo...

ASUN. ¡Benigno...!

PORT. ¡Tuve una alegría tan grande!...

RIC. Hombre... (Volviéndose todos hacia Portugalete.)

PORT. Quiero... decir... que... lo sentí mucho; pero al mismo tiempo me consoló la idea de que el cambio de posición de ustedes facilitaba mis aspiraciones. Además, he tenido la suerte de que hace tres días me han ascendido á doce mil reales...

JUL. (Con alegría,) ¿De veras?

PORT. Sí. Y en cuanto lo supe, como Julieta me decía en sus cartas que sabe Dios cuánto

tardaría en volver á Madrid, dije: «Yo no espero más; allá me voy á verles y á ofrecer á Julieta mi corazón, mi mano y mis doce mil reales...»

JUL. ¡Casimiro!... (Pausa larga. Todos están inmóviles, menos Portugalete que los mira como consultando la opinión de cada uno.)

PORT. Poco es, ya lo sé; pero ya me irán ascendiendo.

INÉS (A Ricardo.) ¡Pobre muchacho! (Pausa durante la cual todos violentísimos, y sin saber qué decir, se abanican. Portugalete lo hace con su sombrero y D. Benigno y D. Ricardo con dos periódicos.)

PORT. Ya... me irán... ascendiendo...

BEN. Sí... ya le irán ascendiendo... (Pausa larga.)

PORT. (Decidiéndose á romper el silencio.) Espero la resolución de ustedes con una impaciencia que...

BEN. Hombre... yo... Así de pronto... ¿Qué dices, Asunción?

ASUN. Es una petición tan inesperada... Y con ese sueldo en Madrid, donde la vida es tan costosa...

JUL. Nos estrecharemos...

PORT. Sí; nos estrecharemos mucho.

RIC. No necesitarán estrecharse tanto como suponen. (A Portugalete cariñosamente.) Los informes que tengo de usted no pueden ser más favorables...

PORT. Gracias...

RIC. Le creo digno de ser esposo de Julieta.

PORT. Muchas gracias...

RIC. Y para facilitar ese matrimonio, que yo veré con mucho gusto...

PORT. ¡Muchísimas gracias!

RIC. Le nombro á usted mi secretario particular con el sueldo anual de mil quinientas pesetas.

PORT. (Asombrado.) ¿Cómo?

ASUN. (Asustada.) ¿Eh?

JUL. (Idem.) ¿Qué dices?

RIC. Que le señalo ese sueldo desde ahora.

INÉS (Levantándose muy asustada y poniéndole una mano en la frente.) ¡Ricardo! Tú deliras...

BEN. De tanto estudiar se ha trastornado.

JUL. ¡Se ha vuelto loco! (A Portugalete.)

PORT. ¡Ay, qué desgracia!

(Todos asustados, excepto Inés, que se abraza á su marido, se separan de Ricardo.)

ASUN. ¡Ay, qué miedo! Avisad al médico en seguida.

BEN. ¡El médico!

RIC. (Acercándose á todos, que se han agrupado á la izquierda.) Tranquilícense ustedes. ¡No hace falta médico!

TODOS (Retrocediendo aterrados como si temieran una agresión de Ricardo.) ¡Ay!

RIC. Los únicos que estaban locos han recobrado la razón. Este pueblo les ha servido de manicomio. Volveremos á Madrid, reanudaremos nuestra vida y procuraremos todos, todos que no pase de veras lo que por fortuna no llegó á suceder. (Según oyen hablar á Ricardo, tranquila y razonadamente, van tranquilizándose todos.)

INÉS (Con amargura.)¡Ricardo, me engañaste!

RIC. (Yendo á abrazarla.) Por primera y única vez en mi vida.

ASUN. ¿A Madrid? ¿Como antes? (Con gran alegría.)

RIC. ¡No; como antes no!

BEN. ¡Como antes no!

RIC. Por este medio procuré corregirte como Atanasio corrige á su mujer, con aquella vara.

BEN. (Cogiendo la vara de encima del banco.) Con esta vara! ¡Me la llevaré á Madrid como recuerdo!

RIC. ¡Esposa queridísima!

BEN. Así, así debes llamarla siempre. (A Inés.) Y tú no des nunca motivo para que pueda llamarte SU CARA MITAD. (TELÓN.)

FIN DE LA OBRA

Obras dramáticas de Miguel Ramos Carrión

Un sarao y una soirée [1], zarzuela en dos actos y en verso, original, música del maestro Arrieta. (Tercera edición.)

El figle enamorado, sainete original, música del mismo maestro.

La mujer del prójimo, comedia en un acto y en verso, original.

De Madrid á Biarritz [2], zarzuela original, en dos actos y en prosa, música del maestro Arrieta.

Mas vale tarde que nunca, proverbio original y en prosa, en un acto.

Perro, 3, 3.° izquierda [3], juguete cómico en un acto, original y en prosa. (Tercera edición.)

¡Chitón! [3], ídem ídem.

Un palomino atontado, zarzuela en tres actos y en verso, arreglo del francés, música del maestro Rogel.

Un cuarto desalquilado, pasillo cómico, original y en verso.

Se continuará, juguete en un acto, escrito sobre un pensamiento francés.

Esperanza, zarzuela dramática en dos actos y en verso, original, música del maestro Cereceda.

Las medias naranjas [3], comedia en dos actos, en prosa, imitada del italiano.

Eva y Adán, juguete cómico, original y en verso. (Segunda edición.)

La hoja de parra, juguete cómico-lírico, en verso, original, música del maestro Marqués.

La gallina ciega, zarzuela cómica, en dos actos y en prosa, imitada del francés, música del maestro Caballero. (Cuarta edición.)

Levantar muertos [4], juguete cómico en dos actos y en prosa. (Sexta edición.)

El domador de fieras [3], sainete lírico, escrito sobre el asunto de un vaudeville, música del maestro Barbieri.

Doce retratos seis reales, pasillo cómico, original y en verso. (Sexta edición.)

León y leona, entremés, en prosa, original.

Cada loco con su tema, juguete cómico, original, en un acto y en prosa.

Los señoritos, comedia en tres actos, original y en prosa.

Los señoritos, refundida en dos actos. (Segunda edición.)

La viuda del zurrador [5], parodia en un acto y en verso.

La clave [3], zarzuela en dos actos, música del maestro Caballero.

La mamá política, comedia en dos actos, original y en prosa

La Marsellesa, zarzuela en tres actos, original y en verso, música del maestro Caballero. (Quinta edición.)

La careta verde, comedia de gracioso, en dos actos, original y en prosa. (Quinta edición.)

El siglo que viene [2], zarzuela cómico-fantástica, original, en tres actos y en prosa, música del maestro Caballero. (Segunda edición.)

El año sin juicio, revista cómica, original, en un acto.

Los madriles, revista cómica, original, en dos actos.

Los sobrinos del capitán Grant, novela cómico-lírico-dramática, en cuatro actos, música del maestro Caballero. (Sexta edición.)

El empresario de Valdemorillo, revista cómica en dos actos, original.

El diablo cojuelo, revista en tres actos, música del maestro Barbieri.

El noveno mandamiento, comedia en tres actos, original y en prosa.

Las dos princesas, zarzuela en tres actos, arreglada del francés con música del maestro Caballero. (Segunda edición.)

Esto, lo otro y lo de más allá, revista cómica, original, en un acto.

Periquito [5], zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música del maestro Rubio.

La ocasión la pintan calva [5], comedia en un acto y en prosa, imitada del francés.

¡Adiós, Madrid! [5], boceto de costumbres madrileñas, en tres actos, en verso y prosa, original.

¡Adiós, Madrid! [5], refundida en dos actos.

De tiros largos [5], juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto en prosa. (Sexta edición.)

La primera cura [5], comedia en tres actos y en verso, original.

La primera cura [5], refundida en dos actos. (Segunda edición.)

La calandria [5], juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Cuarta edición.)

El hijo de la nieve [5], novela cómico-dramática, en tres actos, en prosa y verso, original. (Segunda edición.)

Robo en despoblado [5], comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Sexta edición.)

La tempestad, melodrama, original, en tres actos, en verso y prosa, música del maestro Chapí. (Duodécima edición.)

La mujer del sereno, comedia original en un acto y en prosa. (Tercera edición.)

La criatura, humorada cómica original, en un acto y en prosa. (Cuarta edición.)

La almoneda del 3.º [5], comedia en dos actos, original y en prosa.

Papeles son papeles..., proverbio en un acto, original y en prosa.

Coro de señoras [5], pasillo cómico-lírico, original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto. (Tercera edición.)

Golondrina, comedia en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

El padrón municipal [5], juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Quinta edición.)

Los lobos marinos [5] zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

La bruja, zarzuela en tres actos, y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Sexta edición.)

El señor gobernador [5], comedia en dos actos y en prosa, original. (Sexta edición.)

El chaleco blanco, episodio cómico-lírico en un acto, en prosa, original, música del maestro Chueca. (Tercera edición.)

El rey que rabió [5], zarzuela cómica, original, en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Chapí. (Octava edición.)

El oso muerto [5] comedia en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

Zaragüeta [5], comedia en dos actos y en prosa, original. (Octava edición.)

El bigote rubio, comedia en un acto y en prosa, original. (Cuarta edición.)

Agua, azucarillos y aguardiente, pasillo veraniego, original, en verso y prosa, música del maestro Chueca. (Cuarta edición.)

El espejo del alma, proverbio cómico en un acto y en prosa, original.

La muela del juicio, pasillo cómico, original y en prosa. (Tercera edición)

Circe, ópera en tres actos, música del maestro Chapí. (Sexta edición.)

Los lobos marinos [5], zarzuela cómica, refundida en un acto y dos cuadros, en prosa, original, música del maestro Chapí.

Pasacalle [6], sainete lírico madrileño en un acto y en prosa, dividido en cuatro cuadros, original, música del maestro Valverde (hijo).

Defectos íntimos, paso cómico, original y en prosa.

La crónica escandalosa, comedia en tres actos y en prosa, original.

El pan nuestro de cada día, pasillo cómico en un acto y en prosa, original.

La joroba [6], cuento cómico-lírico en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa y verso, original, música del maestro Chapí.

Pepe Botellas, zarzuela en dos actos, divididos en ocho cuadros, música de los maestros A. y C. Vives.

Mi cara mitad, moraleja cómica en dos actos y en prosa, original

---

LIBROS

Colorín colorao... Cuentos en prosa. Un tomo de 332 páginas.

Zarzamora, novela.

---

1 En colaboración con el Sr. Lustonó.
2 Idem íd., Coello.
3 Idem íd., Campo-Arana.
4 Idem íd., Blasco.
5 Idem íd., Vital Aza.
6 Idem íd., Ramos Martín.

Precio: 1,50 pesetas

[illegible] POR 100 DE AUMENTO